Imprimir

“Lo seco y lo húmedo arden juntos” es una expresión persa que se utiliza cuando un incendio se propaga sin distinción. Una vez que comienza el incendio, las distinciones se desvanecen: entre lo combustible y lo húmedo, los culpables y los inocentes, los perpetradores y las víctimas.
La guerra iniciada contra Irán por Estados Unidos e Israel es una guerra de elección y arrogancia. Apenas se pretende que haya sido impulsada por pruebas de que Irán se apresura a fabricar una bomba o de que se avecina un ataque inminente. Tales afirmaciones no resisten un análisis minucioso; apenas soportan la repetición. Estamos asistiendo a la realización de una ambición largamente acariciada, un sueño febril neoconservador por el que Benjamin Netanyahu ha presionado, de una forma u otra, durante décadas. Lo que las sanciones no pudieron lograr, lo que las acciones encubiertas, los asesinatos y la guerra cibernética no consiguieron, ahora lo lograría la fuerza militar directa, con el asesinato del ayatolá Alí Jamenei como pieza central.

Trump y Netanyahu dejaron claras sus metas maximalistas desde el principio. Se trataría de un “cambio de régimen”. El tipo de régimen que seguiría se dejó en la oscuridad, para que el resto del mundo especulara con inquietud. Es una política destructiva y fallida que Trump prometió abandonar para siempre. Al igual que sus falsas promesas de devolver la dignidad a la clase trabajadora estadounidense, la promesa fue descartada tan pronto como asumió el cargo.

En una parodia del guion de la guerra de Irak, se nos dijo que la República Islámica se derrumbaría como un castillo de naipes. Pero, a diferencia de 2003, apenas se ha intentado convencer al resto del mundo, ni siquiera al Congreso de Estados Unidos. El esfuerzo retórico que acompañó a la invasión de Irak, por muy defectuoso o deshonesto que fuera, se ha abandonado en gran medida. Incluso los altos mandos militares estadounidenses han tenido dificultades para explicar cómo se alcanzarían los objetivos de la campaña de forma rápida o decisiva. La suposición de inevitabilidad ha sustituido a la carga de la argumentación.

La ausencia de justificación no es incidental. Es un síntoma mórbido de un sistema

internacional en crisis. Las certezas de la gestión hegemónica de Estados Unidos del “orden internacional basado en normas” se han visto deformadas hasta quedar irreconocibles por el genocidio de Gaza, pero no ha surgido ninguna arquitectura alternativa que las sustituya. En su lugar, existe una política de imperialismo gánster que no cuenta con el consentimiento ni internacional ni nacional.

La premisa de la guerra se basa en una profunda interpretación errónea de la República Islámica. A pesar de todas sus fisuras internas y su legitimidad maltrecha, no es una dictadura personalista frágil como la de Sadam Husein en Irak o la de Muamar el Gadafi en Libia. La experiencia formativa de Irán fue el conflicto de ocho años con Irak, cuando se vio aislado diplomáticamente y superado militarmente, pero sobrevivió gracias a una combinación de movilización ideológica y adaptación asimétrica. Desde entonces, el régimen ha invertido en estructuras de mando descentralizadas, capacidades de misiles y drones, y redes regionales diseñadas precisamente para el escenario que se está desarrollando ahora: un enfrentamiento con adversarios convencionalmente superiores. Si podrá sobrevivir a una guerra en toda regla con el mayor proveedor de violencia organizada del mundo es una cuestión abierta, pero siempre fue poco probable que se derrumbara en los primeros días del conflicto.

El objetivo de Irán ahora parece ser no asegurar una victoria inmediata, sino elevar el coste de la guerra a niveles prohibitivos. Considera que el conflicto es existencial. Si el objetivo declarado es el cambio de régimen, entonces el compromiso no es una opción. Lo que sigue es una estrategia de resistencia y desgaste. La República Islámica se ha preparado durante mucho tiempo para la posibilidad de que Estados Unidos e Israel opten finalmente por la confrontación directa.

El asesinato de Jamenei puede haber alterado los cálculos internos. Durante años, incluso sus detractores dentro del sistema lo consideraban una figura que buscaba cautelosamente el equilibrio entre los centros de poder rivales. Su muerte elimina a una figura que, a pesar de su rigidez, a veces actuaba como freno a los impulsos más aventureros, como ampliar la represalia para incluir a los Estados del Golfo que forman parte del archipiélago imperial

estadounidense. Esta estrategia aún puede volverse en contra de sus autores. Pero, por ahora, el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica, firmemente al mando, parece decidido a seguir adelante con ella.

Nada de esto niega la profunda polarización que existe dentro de la sociedad iraní. Muchas personas sienten un odio profundo y visceral hacia el régimen. Años de mala gestión económica, corrupción, represión y oportunidades desperdiciadas han corroído el contrato social. Los disturbios de los últimos años, incluidas las protestas que siguieron a la muerte de Mahsa Amini en 2022 y la horrible masacre de varios miles de manifestantes en enero, revelaron divisiones generacionales, de clase e ideológicas que pueden resultar insuperables.

La guerra altera la psicología política de formas que rara vez son lineales. Quienes detestan al establishment clerical pueden seguir retrocediendo ante el espectáculo de los aviones extranjeros en los cielos iraníes y la declaración explícita de que su Estado va a ser desmantelado. El ataque externo no borra el resentimiento interno, pero puede reordenarlo. La ira hacia el régimen puede quedar temporalmente subordinada a la ira hacia el agresor. Lo que en tiempos de paz parece una fractura irreconciliable puede, bajo los bombardeos, adoptar la forma de una frágil solidaridad. La capacidad de la República Islámica para movilizar a la población ha disminuido desde su apogeo revolucionario, pero no ha desaparecido. Sigue siendo experta en recodificar el conflicto en términos civilizatorios y defensivos, utilizando una retórica de soberanía, martirio y resistencia que se ha cultivado durante décadas y que adquiere una fuerza renovada cuando caen los misiles.

El legado de Jamenei estaba lejos de estar asegurado. A sus 86 años, presidió una era de creciente securitización: el estrangulamiento de las corrientes reformistas y disidentes, el aplastamiento del Movimiento Verde en 2009, la brutal represión del levantamiento de Mahsa en 2022-23 y una larga acumulación de agravios que desafían cualquier enumeración. Se dio prioridad a la autonomía estratégica y la disuasión frente a las libertades civiles, el pluralismo político y la reforma interna, mientras él promovía una visión conservadora que se rebelaba contra el “ataque cultural” (*tahajom-e farhangi*) procedente del exterior. Su principal preocupación era la supervivencia —del régimen, del Estado, de la independencia

de Irán— en una región en la que los destinos de Irak, Libia y Siria servían de advertencia constante. Para muchos iraníes, esta doctrina de la seguridad ante todo tenía un coste intolerable, y la rechazaron sin ambigüedades.

Pero en la teología política chií, el martirio tiene una fuerza especial. El recuerdo de Karbala y la muerte del imán Husein no son motivos abstractos, sino parte de un lenguaje político y una práctica religiosa vivos, en los que el sufrimiento a manos de un poder injusto adquiere autoridad moral. Ser asesinado por un enemigo externo no solo elimina a un líder, sino que puede transformarlo. Ningún jefe de Estado iraní moderno ha tenido ese final. Naser al-Din Shah fue asesinado en 1896 por un radical nacional. Los últimos monarcas Qajar murieron en el extranjero, en París y San Remo. Los Pahlavi terminaron sus vidas en el exilio, en Johannesburgo y El Cairo. La muerte de Jamenei, por el contrario, será narrada a través de los canales oficiales como el sacrificio definitivo frente al ataque extranjero. En la muerte, puede que adquiera una claridad y coherencia que le eludieron en vida.

Muchos iraníes, y no pocos sirios, han celebrado abiertamente su muerte, viendo en ella el fin de un espantoso legado nacional y de una política regional que contribuyó a mantener la catastrófica guerra civil en Siria.

Pero sus seguidores —y no son pocos— lo consideraban más que una figura política. Para ellos era un *marja' al-taqlid* ("fuente de emulación"). Su prestigio no se acercaba al del gran ayatolá Sistani en Irak, pero su autoridad se extendía mucho más allá de las fronteras de Irán a millones de fieles chiítas. La forma en que murió puede salvar, e incluso elevar, un legado que se había vuelto muy controvertido en su país y que era objeto de resentimiento en el extranjero.

Algunas de las consignas más destacadas de la última década lo apuntaban directamente: "Muerte a Jamenei", "Muerte al dictador", "Este es el año de la sangre, Sayyid Ali será derrocado". La ira era personalizada. Jamenei no era solo un cargo político (con un considerable poder personal y una inclinación por la microgestión), sino la encarnación patriarcal del sistema. Si la intención de Trump era eliminar a Jamenei del panorama político,

es posible que, en cambio, lo haya consolidado en él, reconvirtiéndolo a los ojos de sus devotos en una figura de sacrificio en lugar de fracaso.

La política exterior de Trump ha oscilado durante mucho tiempo entre el lenguaje de la austeridad y las repentinas demostraciones maximalistas de fuerza. En este caso, los instintos paleoconservadores parecen haberse fusionado con el celo neoconservador. La influencia de Netanyahu no es casual. Durante décadas ha insistido en que solo una acción militar decisiva podría garantizar el dominio regional sin restricciones de Israel. La degradación de Hezbolá y el colapso de Assad se interpretaron en Tel Aviv como una prueba de que la posición regional de Irán se había visto fatalmente comprometida. Había algo de verdad en ello: ambos acontecimientos supusieron un duro golpe para Teherán, y tanto Washington como Tel Aviv se apresuraron a aprovechar el momento. Pero la disuasión de Irán nunca se redujo a sus alianzas, muchas de las cuales se forjaron en el crisol de la extralimitación de Estados Unidos e Israel. Su estrategia era también interna, estratificada, descentralizada y anclada en el interior. La expectativa de que una presión suficiente provocaría el colapso del régimen confundió el desgaste con el agotamiento, y la vulnerabilidad con la rendición.

Las consecuencias ya se están extendiendo: intercambios de misiles; ataques a bases, hoteles y puertos; la activación de redes aliadas en toda la región. Los funcionarios estadounidenses admiten ahora la incertidumbre sobre la duración y el alcance de la campaña, o incluso su disposición a comprometer tropas terrestres en esta temeraria empresa. No se trata de una operación limitada con resultados predecibles. Es un enfrentamiento en expansión cuyos límites son cada vez más difíciles de definir.

La guerra no restablecerá el equilibrio. Reordenará la región de forma violenta e impredecible. Es probable que la República Islámica salga transformada o debilitada de formas aún invisibles. Pero la idea de que simplemente se disolvería bajo presión siempre fue una fantasía. Los Estados formados en revoluciones y endurecidos por un asedio prolongado no ceden fácilmente a los dictados externos.

Lo seco y lo húmedo arden juntos. Se han cavado ciento sesenta y cinco tumbas en Minab, en la provincia de Hormozgan, para los fallecidos cuando los misiles estadounidenses o israelíes impactaron en la escuela Shajareh Tayyebeh el sábado por la mañana, al comenzar las clases. La mayoría de los fallecidos eran niñas de entre siete y doce años. Washington y Tel Aviv han tratado de distanciarse de la matanza; el registro fotográfico de la desolación permanece.

Trump ha hablado de una campaña que durará semanas; los actuales dirigentes de la República Islámica han prometido seguir luchando. Las guerras elegidas rara vez se limitan a los objetivos previstos. Consumen no solo a los combatientes, sino también las suposiciones que los animan. Lo que comenzó como un intento de alterar el equilibrio regional puede, en cambio, acelerar la erosión del orden que presumía poder interferir con impunidad.

Eskandar Sadeghi-Boroujerdi

Fuente: *London Review of Books* https://www.lrb.co.uk/blog/2026/march/the-dry-and-the-wet-burn-together?

Foto tomada de: https://www.lrb.co.uk/blog/2026/march/the-dry-and-the-wet-burn-together?